

Moira Mackinnon y Mario Petrone(\*)

La introducción "Los Complejos de la Cenicienta" del libro *Populismo y Neopopulismo en América Latina, El Problema de la Cenicienta*, se divide en tres secciones. En la primera planteamos el término "populismo" como un problema: sus múltiples significados, el rechazo que ha producido y produce en izquierdas, derechas, y científicos sociales, su carácter peyorativo y el hecho de que ningún movimiento o partido político de América Latina se ha reivindicado como populista. Un rasgo fundamental del populismo es la ambigüedad que se debe, en nuestra opinión, a varios factores: a la problemática relación entre elites intelectuales y masas, al momento histórico en que surge como fenómeno político y social, al impacto considerable que tiene sobre las ideologías modernas en cualquiera de sus tendencias y a la heterogénea realidad histórica a la que se refiere.

En la tercera parte, para ilustrar las diferencias de perspectiva epistemológica entre *lumpers* (agrupadores) y *splitters* (singularizadores), se presenta un debate entre aquellos que sostienen que el populismo como tipo ideal no sirve, ya sea porque su definición no se adecúa a la realidad que pretende explicar o porque no se pueden reducir todos los casos de populismo a una simple definición ni encontrar un solo rasgo central detrás de todos los usos del término, y aquellos que consideran que es posible, aun recomendable, conformar un modelo teórico general y contrastarlo con los casos concretos. Luego, para terminar, y dicho muy sintéticamente, criticamos la perspectiva generalmente normativa de los autores que escriben sobre populismo y sostenemos que el término debe ser pensado desde lo que hay y no desde lo que no hay. Proponemos como atributos centrales del populismo, y para el debate, a los siguientes: a. la crisis como condición de emergencia, b. la experiencia de participación como sustento de la movilización popular y c. el carácter ambiguo de los movimientos populistas.

Es a la segunda parte que nos dedicaremos en esta presentación para el Boletín de la Red InterCátedras de Historia de América Latina. Encontrarán, entonces, a continuación, una síntesis de la segunda sección de la introducción: el ordenamiento de las escuelas en la literatura sobre el populismo latinoamericano.

El populismo ha constituido uno de los fenómenos históricos principales en la experiencia política de América Latina en este siglo. Científicos sociales, tanto nativos como extranjeros, han intentado descifrar sus enigmas desde distintas perspectivas. Aunque algunos sostienen que el término alude a una variedad tan grande de fenómenos que es imposible encontrar rasgos en común que justifiquen el uso científico del concepto -"la tesis negativa" como la llama Mouzelis (1985:329)-, la mayoría de los autores ha intentado pensar el fenómeno desde las ciencias sociales, si bien generalmente hacen de la carencia su rasgo fundamental. Existen, por lo tanto, distintas formas de clasificar los enfoques con los que se ha abordado al populismo; en realidad,

casi tantas como artículos sobre el tema. Desde un punto de vista metodológico podemos decir que existen proposiciones sobre su naturaleza, proposiciones sobre su emergencia y proposiciones sobre sus efectos. A continuación presentamos una síntesis de algunos enfoques que han ejercido influencia sobre los estudios del populismo en América Latina, ordenada en torno a las siguientes preguntas: ¿Cuándo, cómo y por qué aparece?, ¿Qué hace el populismo?. Dejaremos la discusión sobre su naturaleza (¿Qué es? ¿Cuáles son sus rasgos fundamentales?) para el final (es decir, la tercera sección).

### *i. Interpretaciones sobre la emergencia y la dinámica del populismo clásico*

Con fines de descripción y ordenamiento, a lo sumo heurísticos, si revisáramos las formas en que distintos autores han abordado el estudio del populismo clásico con referencia a las causas o condiciones de emergencia, podríamos dividir a los autores, a grandes rasgos, en cuatro grupos: 1. una línea de interpretación en clave del proceso de modernización, tributaria del funcionalismo, piensa al populismo como fenómeno que aparece en los países "subdesarrollados" en la transición desde la sociedad tradicional a la moderna (G. Germani, T. Di Tella); 2. otra línea mucho más amplia y heterogénea que llamaremos línea de interpretación "histórico-estructural" vincula al populismo con el estadio de desarrollo del capitalismo latinoamericano que surge con la crisis del modelo agroexportador y del estado oligárquico. Los autores destacan el rol interventor del estado que, ante la debilidad de la burguesía, debe asumir un rol de dirección de los procesos de cambio. Dentro de esta línea interpretativa existen distintos énfasis: mientras Cardoso y Faletto, desde una perspectiva dependencista, ponen el acento en la reconstrucción del proceso histórico-estructural de las sociedades para entender como se relacionan las clases y cual es el movimiento que en cada período las impele a la transformación; Ianni, desde una óptica marxista, considera que el "Estado populista", si bien no es un nuevo modelo de Estado, es intervencionista y nacionalista en lo económico dentro del marco del capitalismo, y culmina con la metamorfosis de la política de masas en lucha de clases. Murmis, Portantiero, Weffort y Torre (aunque con preguntas distintas según la época) analizan al populismo como un fenómeno que resulta de la crisis de hegemonía: el populismo sería la expresión de una alianza en la que ninguna clase tiene la fuerza suficiente como para romper con la oligarquía y llevar adelante un proyecto hegemónico propio. Touraine sostiene que el populismo es la identificación del movimiento con el Estado y por eso se define mejor como una política de integración nacional.

3. El tercer grupo, también amplio y heterogéneo, es el de los coyunturalistas (Adelman 1992) (Adelman 1992, Doyon 1978, Horowitz 1990, James 1988, Matsushita 1987, Tamarin 1985, French 1989, etc.). Estos autores realizan estudios monográficos que hacen hincapié en las oportunidades y las restricciones que rodean a las distintas clases o sectores sociales, en particular a los trabajadores, en determinadas coyunturas históricas y cuestionan las explicaciones que remiten los orígenes del populismo al pasado pre-populista de América Latina. Existen distintas inclinaciones y corrientes en este grupo, entre ellos un James que destaca la cultura social y política de la clase, la constitución de los sujetos y los sentidos que tienen para los actores sociales las experiencias vividas y un French que se centra en el

estudio de la compleja red de alianzas, relacionada a su vez con procesos socio-económicos que crearon distintas dinámicas y posibilidades de alianzas entre las clases. 4. Podríamos proponer una cuarta línea interpretativa, definida más bien desde su método de análisis, que ubica la especificidad del populismo en el plano del discurso ideológico (Laclau, de Ipola). Mientras Laclau sostiene que lo que transforma a un discurso ideológico en populista es la articulación de las interpelaciones popular-democráticas como conjunto-sintético antagónico respecto a la ideología dominante y que existe una relación de continuidad entre populismo y socialismo, de Ipola y Portantiero argumentan, desde la noción gramsciana de construcción de una voluntad nacional y popular, que la relación entre socialismo y populismo es, sobre todo, una de ruptura.

i. El marco teórico de Gino Germani -quien escribió los primeros trabajos sistematizados sobre el tema en la década de 1950- fue la predominante teoría de la modernización y el estructural-funcionalismo. Utilizando un modelo dicotómico, Germani analizó el período en términos del tránsito de una sociedad tradicional a una sociedad desarrollada, producto del desarrollo económico. Aunque el cambio es un aspecto normal de las sociedades, Germani sostiene que al ser emergente y rápido, coexisten en una misma etapa elementos que pertenecen a la sociedad tradicional y la industrial. Ante la superposición de distintos principios básicos de funcionamiento de la estructura social se producen diferentes tipos de asincronía en los procesos de transformación, elemento fundamental que lo preocupa (Germani, 1977:12-13). Caracterizan la asincronía dos fenómenos: el efecto de demostración y el efecto de fusión. Otros dos conceptos claves son los de movilización y de integración.

Con estos conceptos (que están desarrollados en la Introducción), Germani elabora el marco teórico del proceso de transición en los países que comienzan su desarrollo en forma tardía y lo compara con la experiencia histórica de la transición europea. En palabras de Germani: "La diferencia que existe entre el caso de Inglaterra o de otros países occidentales y el caso de América Latina depende pues, de un grado distinto de correspondencia entre la movilización gradual de una proporción creciente de la población (hasta alcanzar su totalidad) y la aparición de múltiples mecanismos de integración: sindicatos, escuelas, legislación social, partidos políticos, sufragio, consumo de masa, que son capaces de absorber estos grupos sucesivos y de proporcionarles medios de expresión adecuados al nivel económico y político, como en otros terrenos fundamentales de la cultura moderna" (Germani, 1977:25). Así, a diferencia de Europa donde se produce una consolidación de la democracia representativa en dos etapas (democracia con participación limitada y luego con participación total) en la que las masas son incorporadas sin traumas al aparato político a través de reformas y participación en partidos liberales u obreros, en América Latina la rápida industrialización, la urbanización y la masiva migración interna que se acelera desde la década del 30 en adelante, lleva a la temprana intervención de las masas en la política, excediendo los canales institucionales existentes donde los trabajadores pueden expresar sus demandas crecientes, sin valorar el sistema democrático.

Así, para Germani, "los movimientos nacionales-populares" son "la forma de intervención en la vida política nacional de las capas sociales tradicionales, en el

transcurso de su movilización acelerada" (1977:29), es decir cuando el grado de movilización rebasa la capacidad de los mecanismos de integración. Como los partidos existentes no pueden ofrecer posibilidades adecuadas de expresión a estas masas, se origina una verdadera situación de anomia para estos grupos cuya "diposibilidad" puede dar origen a movimientos nuevos (Germani, 1977:32-4). La transición desde una mentalidad tradicional forjada en una matriz autoritaria y paternalista a una moderna basada en individuos autónomos y libres produce un estado de anomia ante la falta de canales institucionales adecuados. Salidos de la pasividad de la mentalidad tradicional pero aun incapaces de llevar a cabo ninguna acción colectiva autónoma, estas masas son vistas como potencialmente explosivas. La rigidez del sistema político y la incapacidad de los actores políticos de dirigir la crisis favorece la emergencia de una figura carismática, que junto con distintas elites, los recluta y manipula. Este líder populista logra crear vínculos poderosos y directos con esas masas disponibles -como apoyo electoral- pero también logra atraer a los nuevos sectores modernizantes como el ejército y los industriales (Walton, 1993). Estas masas son consideradas "en disponibilidad" y su comportamiento se interpreta en términos de irracionalidad y de heteronomía.

Aunque admite que el populismo surge y se desarrolla en el tránsito de la sociedad tradicional a la moderna, Di Tella (cuyas ideas están desarrolladas con mayor extensión en la introducción) pone el énfasis, en la necesidad, para una movilización populista de masas, de la existencia de una elite comprometida con dicho proceso de movilización y en la decadencia del liberalismo como motor de cambio que, al fracasar, posibilitará la experiencia populista. Germani y Di Tella comparten un enfoque similar: las transiciones para ambos son momentos de tensión estructural que llevan a la emergencia de fenómenos como el populismo. Estas tensiones del cambio acelerado generan dos actores importantes: las masas, de las que se ocupa en mayor medida Germani, y las elites con las que completa el cuadro Di Tella.

ii. En la década de los 60, la creciente influencia de los estudios sobre la dependencia y el marxismo selló la suerte de la teoría de la modernización y la explicación del populismo como resultado de la capacidad de convocatoria demagógica y emocional de un líder carismático y/o de la ceguera de las masas. El conjunto de los trabajos surgidos de esta confluencia, que hemos llamado histórico-estructural, ya no puso el énfasis en las tradiciones pre-modernas sino que viró su atención hacia las condiciones históricas que hacían posible el surgimiento de la coalición populista.

El punto de partida de Cardoso y Faletto (1969) para pensar las distintas trayectorias históricas de los países latinoamericanos es la identificación de dos tipos de economías de exportación que se formaron durante una primera fase que denominan "crecimiento hacia afuera" y que se extendió aproximadamente durante el último cuarto del siglo XIX: a. economías con control nacional de la producción (Argentina, Brasil) y economías de enclave mineras o de plantación (Mexico, Chile, Peru). En esta construcción de tipos ideales, la dependencia -concepto socio-político que se entiende como un modo particular de relación entre lo externo y lo interno, entre grupos y clases sociales "periféricas" y "centrales" y que implica una situación de dominio que conlleva estructuralmente la vinculación con el exterior- es un concepto

central para caracterizar la estructura de las distintas "situaciones de desarrollo". Para Cardoso y Faletto las formas que adopta el "populismo desarrollista" (aproximadamente entre 1930 y 1960) van a depender de las alianzas de poder realizadas durante la "fase de transición", que se extiende a lo largo de las primeras tres décadas del siglo XX. Según los autores, la presencia y participación creciente de las clases medias urbanas y de las burguesías industriales y comerciales en el sistema de dominación se expresan en las políticas de consolidación del mercado interno y de industrialización, que consisten, sobre todo, en una política de acuerdos entre sectores muy diversos que debían compatibilizar la creación de una base económica para sustentar a los grupos nuevos con oportunidades de inserción económico-social para los grupos populares cuya presencia en las ciudades podría alterar el sistema de dominación. Esto supone la constitución de una "alianza desarrollista" entre fuerzas contradictorias, reservándose el papel de grupo dominante el sector empresarial. El Estado es visto en conjunción como agente económico de desarrollo interno y de la dependencia externa. Como el populismo desarrollista variará según los países, los autores señalan la existencia de tres formas de populismo: populismo y economía de libre empresa (Argentina); populismo y desarrollo nacional (Brasil) y el estado desarrollista (Chile).

Ianni afirma que las experiencias nacionales son diferentes unas de otras pues en cada caso las masas revelaron madurez política especial, conquistando posiciones políticas en diferentes grados. Sin embargo, sostiene que las experiencias populistas tienen elementos en común: por un lado, ocurren durante la época en que se conforman definitivamente las sociedades de clase y por otro, las manifestaciones del populismo aparecen en la fase crítica de la lucha política de las clases sociales surgidas en los centros urbanos e industriales contra las oligarquías y las formas arcaicas del imperialismo (1977:85). Así, afirma que en varios aspectos, el populismo latinoamericano corresponde a una etapa determinada en la evolución de las contradicciones entre la sociedad nacional y la economía dependiente. El gobierno populista es, entonces, el reflejo de una nueva combinación entre las tendencias del sistema social y las imposiciones de la dependencia económica. Es ahí donde las masas asalariadas aparecen como un elemento político dinámico y creador que posibilita la reelaboración de la estructura del estado que revela una novedosa combinación de grupos y clases sociales, tanto interna como externamente. En esta etapa los trabajadores abandonan los esquemas sociales y culturales creados durante el estado oligárquico y adoptan paulatinamente valores creados en el ambiente urbano industrial. Pero el carácter de clase del populismo no aparece inmediatamente en los análisis, para comprenderlo es preciso distinguir dos niveles: a. el populismo de las élites burguesas y la clase media, y b. el populismo de las propias masas. En situaciones normales parece existir una armonía total entre los dos populismos. "Sin embargo, en los momentos críticos, cuando las contradicciones políticas y económicas se agudizan, el populismo de las masas tiende a asumir formas propiamente revolucionarias. En estas situaciones ocurre la metamorfosis de los movimientos de masas en lucha de clases" (1977:88).

Otros autores, que comparten algunos rasgos generales de los autores anteriores, centran su análisis del populismo en la crisis de hegemonía. Aquí ubicamos a Murmis

y Portantiero, Weffort y Torre. Dentro de un contexto de revalorización del peronismo desde la izquierda, Murmis y Portantiero recuperaron la racionalidad del comportamiento de los obreros, fenómeno que estaba opacado por las interpretaciones que hacían hincapié en la anomia y el caudillismo. Según Adelman, se propusieron explicar la permanencia del peronismo como fenómeno de masas centrándose en dos procesos subyacentes: la industrialización tardía y una crisis de hegemonía burguesa que permanecía irresuelta desde el quiebre institucional de 1930. Como también lo afirmaban los estudios sobre la dependencia, la crisis del orden comercial internacional en 1930 disparó la industrialización por sustitución de importaciones. El crecimiento del sector manufacturero no fue el resultado de un triunfo de intereses urbanos industriales por sobre intereses rurales propietarios, no se produjo una revolución industrial sobre la base de la reconsolidación de un nuevo bloque hegemónico. Intensificándose hacia mediados de la década del 30, esta "industrialización sin revolución industrial" fragmentó a la clase dominante en lugar de reconsolidarla sobre fundamentos nuevos, más burgueses. Así los países de la región se enfrentaron a una crisis de hegemonía que debilitó los patrones establecidos de la representación institucional. Las clases dominantes no lideraron un proyecto de industrialización nacional, en su lugar lo hicieron distintos grupos que detentaban el poder del estado.

Rechazando el marco dicotómico de la teoría de la modernización y poniendo el énfasis en la racionalidad de las masas, en el interés de clase de los trabajadores, Murmis y Portantiero volvieron su mirada hacia una base estructural alternativa de las relaciones sociales: la construcción y desconstrucción de alianzas en la sociedad civil. Así, en Argentina y en distinto grado, en América Latina, capitalistas industriales débiles y clases trabajadoras marginadas fueron canalizados en movimientos nacional-populares más que en movimientos de base clasista. El problema radicaba en la peculiar disposición de la clase capitalista industrial y en un movimiento sindical cercado por gobiernos ilegítimos, despreocupados por el potencial electoral de una clase obrera descontenta. A medida que estas clases flotantes convergieron en una nueva alianza vertical constituyendo un nuevo bloque histórico, desafiaron la decadente hegemonía de la vieja elite terrateniente (Adelman, 1992:246-8). Por su lado, centrándose en el papel que jugó la vieja guardia sindical en el acercamiento de las masas a Perón, Torre (1990) se propone recuperar la problemática de la doble realidad de la acción de masas, ampliando el concepto de racionalidad en el comportamiento obrero ya avanzado por Murmis y Portantiero en el campo social, para incluir también en el análisis al campo de la política. Por un lado, desde la perspectiva del interés de clase, el criterio de racionalidad está basado en la maximización de los beneficios en el plano material; por otro, para comprender la identificación política con Perón es necesario, afirma, introducir otro criterio de racionalidad: el del reforzamiento de la cohesión y la solidaridad de las masas obreras. De esta manera, la acción política deviene, no un medio para aumentar las ventajas materiales sino un fin en sí mismo, la consolidación de la identidad política colectiva de los sujetos implicados.

Para Weffort (1968b), que aborda el fenómeno desde el proceso de crisis política y desarrollo económico que se abre con la revolución de 1930 en Brasil, el populismo fue la expresión del período de crisis de la oligarquía y el liberalismo, del proceso de democratización del estado, y una de las manifestaciones de las debilidades

políticas de los grupos dominantes urbanos al intentar sustituir a la oligarquía en las funciones de dominio político. Pero, sobre todo, el populismo fue la expresión de la irrupción de las clases populares en el proceso de desarrollo urbano e industrial de esos decenios, única fuente social posible de poder personal autónomo para el gobernante y, en cierto sentido, la única fuente de legitimidad posible para el propio estado. Postulando la noción de "estado de compromiso", Weffort sostiene que la derrota de las oligarquías no afectó de manera decisiva el control que ellas mantenían sobre los sectores básicos de la economía. Esto llevó a que el nuevo gobierno, luego de la rebelión de 1930, tuviera que moverse dentro de una complicada red de compromisos y conciliaciones entre intereses diferentes y a veces contradictorios. Este equilibrio inestable entre los grupos dominantes y, básicamente, esta incapacidad de cualquiera de ellos de asumir, como expresión del conjunto de la clase dominante, el control de las funciones políticas, constituye uno de los rasgos notorios de la política brasilera del período.

Para terminar este segundo grupo, nos referiremos a Touraine (1987). En su análisis, este autor parte del supuesto de que en América Latina existe una "confusión" entre Estado, sistema político y actores sociales en virtud del cual 1. los actores sociales no pueden ser definidos por su función socioeconómica, 2. el sistema político no constituye un sistema de reglas de juego como la democracia, sino un espacio de fusión entre estado y actores sociales, y 3. el Estado no es un príncipe soberano con esfera propia sino un actor complejo y múltiple permanentemente incorporado a fuerzas políticas y dividido por conflictos políticos. Esta conceptualización lleva a dos consecuencias: a. la sobredeterminación de las categorías políticas sobre las sociales y b. la ausencia de diferenciación entre el sistema político y el Estado. En América Latina, sostiene este autor, las clases sociales no son elementos básicos de la organización social, no se definen sino como respuesta a una intervención del estado. La política nacional popular no es representativa y, por lo tanto, no es democrática, afirma Touraine. Sobre esta base, propone que el elemento clave del populismo es, justamente, la fusión de los tres elementos en un conjunto que es a la vez social, político y estatal. La forma de intervención social del Estado más característica del modelo latinoamericano es la política nacional popular que combina tres temas: independencia nacional, modernización política e iniciativa popular. El populismo es la identificación del movimiento con el estado y por eso se define mejor como una política. Sobre la base de la presencia de tres dimensiones -participación política, poder de estado nacional, presión popular- Touraine propone distinguir entre partidos populistas, estados populistas y movimientos populistas.

Ahora bien, más allá de los aspectos nuevos, originales y enriquecedores que tuvieron estos enfoques en su momento, tanto las interpretaciones funcionalistas como las histórico-estructurales, con sus distintos énfasis, comparten por lo menos dos formas de caracterizar al populismo: en primer lugar, ambos lo vinculan más o menos directamente a determinado estadio de desarrollo del capitalismo latinoamericano (para unos el populismo es el resultado de acelerados procesos de migraciones a las ciudades, urbanización e industrialización; para otros, se vincula al momento de la industrialización por sustitución de importaciones). Asimismo, ambos enfoques, desde distintos lugares, piensan desde un patrón normativo de desarrollo del cual América

Latina se desvió, ya no porque el período español y post-independista forjó estructuras y tradiciones de las que los latinoamericanos no podían escapar, sino porque la fuerza del boom de exportaciones anterior a 1930 retrasó la industrialización y la reconsolidación de un bloque hegemónico. Una vez más, las causas del populismo descansan en un patrón estructural distorsionado del desarrollo. No se ha trascendido el paradigma de la modernización, éste ha sido invertido: la heteronomía ya no se localiza en la clase trabajadora, sino en las burguesías (Adelman, 1992:248).

En segundo lugar, comparten una perspectiva negativa sobre el populismo: la manipulación por parte de un líder personalista y autoritario, la movilización fuera de los cauces institucionales apropiados y masas sin conciencia en disponibilidad son conceptos claves del primer grupo; la falta de "clásidad" y por lo tanto de autonomía, la falsa conciencia, la subordinación al estado y la heteronomía, la burocratización de los sindicatos, cierta polarización entre el estado y la sociedad civil, lo son, para los segundos (aunque habría que relativizar esta afirmación en el caso de Murmis, Portantiero, Torre y Weffort).

iii. En la década de los ochenta aparecen estudios monográficos cuyos autores desarrollan textos con miradas críticas -que también expanden cuestionamientos colocados por autores revisionistas- hacia trabajos anteriores cuestionando la versión clásica de la supuesta pasividad y anomia de los trabajadores y presentando un cuadro de situación bastante alejado de las interpretaciones que caracterizaban a los sindicatos como estructuras burocráticas subordinadas al estado a través de la manipulación y la cooptación. También había cambiado el ambiente político e ideológico en que se debatían estos temas: ya había aparecido la crisis de los paradigmas y también la teoría del discurso.

Seguimos a Adelman (1992) para presentar al tercer grupo denominado los coyunturalistas. Este afirma que en los últimos años se ha publicado un conjunto de trabajos que cuestionan los enfoques "desarrollistas" ya sea pertenecientes a la corriente de la teoría de la modernización o a la de los revisionistas radicales y las explicaciones estructurales profundas de los orígenes del populismo. Conscientes de las falacias teleológicas de los primeros autores, Doyon, James y otros señalan las oportunidades y las restricciones para la acción de los trabajadores en coyunturas particulares: a cada momento los trabajadores se enfrentan a un conjunto de opciones y sólo al moverse de decisión colectiva en decisión colectiva pueden los historiadores reconstruir los pasos de las victorias populistas. Cualquiera sea la forma en que se reconstruya la secuencia, estos autores afirman que las condiciones del populismo y las formas de las verticales alianzas policlasistas no pueden ser anticipadas antes de su emergencia; en otras palabras, no pueden ser encontradas en el pasado pre-populista, como si América Latina se inclinara naturalmente hacia este tipo de fenómeno (Adelman, 1992:248).

Rechazando la tendencia a estudiar el populismo como un fenómeno patológico y disfuncional que explica y/o ilustra el desvío del camino normal de la modernización, Daniel James (1990) analiza las experiencias populistas desde una perspectiva que desmenuza las condiciones subjetivas del movimiento social, la constitución de los sujetos, los sentidos que tienen para los actores sociales las experiencias vividas.

James subraya la necesidad de entender los movimientos populistas desde la óptica de los actores involucrados como un momento crucial para la participación y actuación social en el sistema político, un momento en que los actores deciden construir sus propias alternativas. Siguiendo a Laclau, James afirma que en cualquier práctica política existe un momento populista que se convierte en una estrategia de interpelación a los actores sociales y políticos. En otras palabras, existe un momento necesario donde se recurre al populismo como interpelación para rearticular el sistema político y equilibrarlo, integrando a las masas. Cualquier proyecto antihegemónico de transformación total, si no tiene su momento populista está condenada a ser una experiencia ineficaz sin ninguna influencia en las masas.

John French (1992) postula que un modelo interactivo de clase social provee la clave para vincular realidades económicas objetivas con fenómenos políticos tales como el populismo y que, en última instancia, la explicación del resultado político en el ABC brasileño de la posguerra sólo puede encontrarse estudiando la transformación radical de la naturaleza de las clases sociales generado por el proceso de desarrollo económico desde comienzos de siglo. Según French, el fenómeno populista en Brazil fue modelado por los imperativos que se derivaron de la alteración de las reglas y normas básicas de la participación y competencia electoral. Una vez establecidas, estas formas electorales democráticas proveyeron el medio ambiente ideal para una amplia gama de interacciones entre todas las clases y estratos sociales. Así, la relación entre trabajadores y populistas debe ser conceptualizada en términos de "alianza". French sostiene que si se juzga al populismo a la luz de una interpretación unilateral o exclusiva del conflicto de clase, no se comprenderá la política en tiempos electorales ni que las luchas entre las clases sociales sólo pueden desplegarse a través de una compleja red de alianzas vinculada, a su vez, con los procesos socio-económicos que cambiaron no sólo a la clase obrera sino también a las clases medias y a los industriales y gerentes de fábricas, creando nuevas posibilidades de alianza para los trabajadores.

iv. Otros autores, como Ernesto Laclau y Emilio de Ipola descartan las interpretaciones del populismo que lo vinculan a una determinada etapa del desarrollo como la industrialización o a una base social específica como la clase trabajadora y analizan al populismo desde una perspectiva diferente. Sitúan la especificidad del populismo en el plano del discurso ideológico. Para Laclau (1978), la única forma de concebir la presencia de las clases es afirmando que el carácter de clase de una ideología está dada por su forma y no su contenido. La forma de una ideología consiste en el principio articulador de sus interpelaciones constitutivas y el carácter de clase de un discurso ideológico se revela en su principio articulador específico. Lo que transforma a un discurso ideológico en populista es una peculiar forma de articulación de las interpelaciones popular-democráticas al mismo. La tesis de Laclau es que el populismo consiste en la articulación de las interpelaciones popular-democráticas como conjunto sintético-antagónico respecto a la ideología dominante. El populismo comienza cuando los elementos popular-democráticos se presentan como opción antagónica frente a la ideología del bloque dominante. Basta que una clase o fracción de clase requiera, para asegurar su hegemonía, una transformación sustancial del bloque de poder para

que el populismo sea posible. En este sentido, puede existir un populismo de las clases dominantes y un populismo de las clases dominadas.

Basándose en Gramsci, de Ipola y Portantiero (1994) parten de la noción de lo nacional-popular como la construcción de una voluntad colectiva nacional y popular, ligada con una reforma intelectual y moral. Captado en su totalidad este proceso es el de la construcción de hegemonía, definida como una actividad de transformación. El terreno donde lo nacional-popular se produce es un campo de lucha contra otra opción hegemónica, el ámbito heterogéneo y contradictorio de la cultura, del "sentido común" como efectiva manifestación de un proceso de constitución de cada pueblo-nación. Respecto de la relación entre populismo y socialismo, a diferencia de Laclau, postulan que ideológica y políticamente hay ruptura: la hay en su estructura interpelativa, en la forma en que sus respectivas tradiciones se acercan al principio general del fortalecimiento del estado y en la forma en que ambas conciben la democracia. Mientras el populismo constituye al pueblo como sujeto sobre la base de premisas organicistas que lo reifican en el Estado y le niegan su despliegue pluralista, enalteciendo la semejanza y la unanimidad sobre la diferencia y el disenso, el socialismo tiene una concepción pluralista de la hegemonía. Aunque reconocen el papel históricamente progresista de algunos populismos y que todo discurso de los dirigentes es recibido creativamente por el saber popular que funciona como un universo de descifre condicionado por las circunstancias y las prácticas económicas de los actores, los autores sostienen que el componente nacional-estatal jugó siempre un papel dominante, es decir que no se puso realmente en tela de juicio la forma del poder y con ella la relación de dominación/subordinación propia de, en este caso, el peronismo. La crítica que le hacen a Laclau es que al definir el concepto de populismo como un elemento ideológico cuya característica constitutiva sería articular los símbolos y los valores popular-democráticos en términos antagónicos respecto a la forma general de dominación, éste pierde de vista la mencionada dimensión proestatal insita históricamente en toda experiencia populista conocida.

## ii. Interpretaciones sobre la emergencia y dinámica de los populismos contemporáneos

Recorreremos ahora un segundo grupo de autores de la literatura reciente sobre "neopopulismo" que ha recuperado este término para aplicarlo a fenómenos contemporáneos. Analizando el caso mexicano, Zerméño (1989) relaciona la reaparición de lo "popular nacional" con los efectos de la salida de un orden tradicional y el crecimiento acelerado, el impacto modernizador en la urbanización, la industrialización y el posterior choque contra el muro del estancamiento sin ninguna previsión. El problema que está en la base de estos procesos, para Zerméño, es el debilitamiento de los precarios órdenes intermedios de estas sociedades en tránsito acelerado hacia el estancamiento. Las dificultades para denotar identidades consistentes en el tiempo, la descomposición de las endebles identidades previas, desnaturalizadas por la propagación irrefrenable de la pobreza actúa en favor de la relación lidermasas, culmina en el regreso del líder. Cuando una sociedad está atomizada, sin grupos

secundarios, asociaciones intermediarias o corporaciones, sostiene el autor, en los hechos delega su unidad a la institución estatal y está inerme frente a ella. En esas condiciones el estado es libre para manipular a la población sin que nada amenace a su independencia.

Otra forma de enfocar el estudio de las nuevas democracias latinoamericanas es la de Lazarte (1992) quien, analizando a Bolivia, sostiene que el surgimiento rápido de nuevos liderazgos con fuerte apoyo social, es a la vez, resultado de las fallas de los partidos en tanto estructuras de mediación y de las reorientaciones de la población. El problema principal de los partidos reside en que no pueden abandonar la pura lógica del poder con la que siempre funcionaron; es decir, que se han dejado ganar por el juego interior al sistema político y han dejado de representar. En lugar de usar el término "neopopulismo", preferirá referirse al conjunto en términos de "informalización de la política", entendiéndolo como tal el proceso que se desarrolla al margen y en contra de la política tradicional pero también de la institucionalidad democrática, con la cual mantiene vinculaciones ambiguas.

Los autores anteriores llaman la atención a los problemas relacionados con el debilitamiento de los órdenes intermedios y los problemas de la función mediadora de los partidos. A estos temas Roberts agrega otro elemento. Este autor postula que a pesar de que previos trabajos han sostenido que populismo y neoliberalismo son antitéticos porque el populismo se asocia con políticas estatistas y redistributivas y el derroche fiscal, neoliberalismo y populismo tienen sorprendentes simetrías y afinidades. A través de la presentación del caso peruano, afirma que la emergencia de nuevas formas de populismo pueden complementar y reforzar al neoliberalismo en ciertos contextos. Roberts postula que en lugar de representar el eclipse del populismo, el neoliberalismo podría ser un componente necesario de su transformación, a medida que el populismo se adapta a las estructuras cambiantes de restricciones y oportunidades. El nexo teórico entre el populismo y el neoliberalismo tiene su fundamento, afirma, en la tendencia recíproca a explotar -y exacerbar- la desinstitucionalización de la representación política. En última instancia los dos fenómenos se refuerzan mutuamente.

## NOTAS

(\*) Universidad Nacional de Buenos Aires

- (1) Laclau también se hace una muy interesante pregunta: ¿porqué a partir de 1930 en América Latina los discursos ideológicos de movimientos políticos de orientación y base social muy distintas debieron recurrir crecientemente al populismo, es decir, a desarrollar el antagonismo potencial de las interpelaciones popular-democráticas? La respuesta deberá buscarse o en el libro de Laclau o en la Introducción pues limitaciones de espacio no nos permiten desarrollarla aquí.